



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 12 DE DICIEMBRE DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

... para amar la vida

EL DESAYUNO DE MAÑANA
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

A Pedro Torres no lo preocupaba el tiempo, en ninguna de sus formas; no de la manera en que los centavos sí podían inquietarlo. Cuatro años atrás había llegado a su primer acuerdo con Miss Care, (por poco estuvo a punto de firmar un contrato de manera formal), con la empresa comercializadora de equipo para seguridad industrial ubicada en Apodaca. Consiguió un precio con treinta por ciento de descuento en botiquines, con el compromiso de comprar cien de ellos mensualmente. Pedro Torres luego los revendería a hoteles ubicados en el noreste mexicano. Pero durante el primer mes solo compró veinte: que porque iba comenzando. La meta de los cien la conseguiría poco a poco.

Luego vinieron los meses en los que no compró ningún botiquín. De repente ordenaba cinco; después, nada. La curva de compras con inclinación negativa continuó durante los siguientes cuatro años, hasta que, durante el último año, compró dos botiquines cada seis meses. En junio pasado pidió la más reciente cotización y Miss Care le ofreció un precio de doscientos cuarenta pesos por botiquín metálico. Ordenó dos. Ahora que llegó diciembre, envió por correo electrónico otra orden de compra: dos botiquines más. Pagaría cuatrocientos ochenta pesos en total. Pero durante los últimos seis meses, el precio de la lámina ya había subido cuatro veces. La encargada de ventas le marcó a Pedro Torres.

“Los botiquines cuestan trescientos pesos”, le dijo la señorita. “Pero ¡cómo!, si la dueña de Miss Care y yo tenemos un acuerdo”, dijo el hombre. “Ahorita le regreso la llamada”. La chica consultó directamente con la propietaria del pequeño negocio. “Ese hombre es un tramposo. Dáselos así, a trescientos”. Cuando Pedro Torres volvió a recibir la negativa por teléfono, pidió hablar directamente con la jefa. “¡Pásamelos!”.

“Usted y yo tenemos un acuerdo”. “Pero usted no cumplió con lo que correspondía, y ahora el acero ha subido doscientos por ciento”.

“Ganamos una licitación para reemplazar los botiquines faltantes en hoteles. Yo se los iba a comprar en doscientos cuarenta para venderlos a los hoteles en doscientos cincuenta, y ¡ahora usted me lo quiere vender en trescientos! ¿Cómo le podemos hacer?”

“Mire, no sé cómo pueda hacerle usted, pero yo no se lo puedo vender en menos de trescientos pesos, porque si no, ¿qué le gano?”.

“¿Y la licitación que ganamos?”

“Si la lámina no hubiera subido, no tendría que incrementar el precio”.

“Mire”, volvía a comenzar Pedro Torres, “ganamos una licitación con los hoteles...”

Y repetía el cuento como planeta que gira sin resistencia sobre su propio eje. Era un duro y dale a la misma piedra, sin que el rebote del palo entre las manos fuera a calarle a Pedro Torres. El tiempo le sobraba. Sentado en el sillón de su



casa, en camiseta y sin bañarse, no tenía otra que hacer, más que conseguir un mejor precio. En realidad, iba a revender los botiquines en trescientos quince pesos a los dueños de un hotel situado a cuadra y media de su casa.

No era que Pedro Torres tuviera gula por el regateo. En realidad, estaba en necesidad de reciclar el café y las bolsitas de té, de mandar a la escuela a sus hijos con los vecinos, para no gastar en gasolina, y era de los que literalmente voltean los calzones para volver a usarlos sin gastar jabón en lavarlos. Tampoco era un goloso del pleito; ni del poder. Simplemente contaba con la calma de quien no puede perder ni un solo centavo en un negocio.

La llamada por teléfono fue extendiéndose de los quince a los treinta minutos. Y volvían la misma historia y pregunta: “¿Cómo le podemos hacer?”. “Yo no sé cómo le pueda hacer usted, pero no le puedo dar los botiquines en menos de trescientos”, le respondía la dueña de Miss Care, cada vez echando flamas más intensas por la boca, con los ojos rojos y a punto de soltarle al hombre un insulto.

Su asistente, desde una silla, estaba al tanto de cómo iban evolucionando las cosas. Preocupada porque sabía que un cliente satisfecho, a lo largo de la vida, trae al negocio otros tres compradores por sus buenas referencias, mientras que uno descontento, aleja siete, le dijo a su jefa: “Pásamelos, señora, yo lo arreglo”. Había transcurrido una hora de discusiones. “Ofrécele quince pesos de descuento”, le dijo la patrona desesperada, soltando el auricular.

La encargada de ventas le ofreció tres opciones a Pedro Torres: un botiquín más pequeño, al precio anterior de doscientos cuarenta; o un botiquín de tela, por el mismo precio; o un descuento de quince

pesos en el botiquín que el cliente quería.

Pedro Torres aceptó el descuento. ¿Qué podía hacer con los treinta pesos que había ganado luego de una hora de batalla por teléfono? Una lata de frijoles refritos, cuatro salchichas y cinco huevos: El desayuno para la familia del día siguiente.

LA VIDA AFORTUNADA DE CONCEPCIÓN
OLGA DE LEÓN G.

Había nacido un doce de diciembre de finales del siglo pasado. Su madre la bautizó y confirmó como Fabiola Guadalupe. Y, aunque la mujer nunca fue muy apegada a la Iglesia y sus preceptos, era la suficientemente piadosa y buena persona para no necesitar de la religión, más de lo que ella creía: ser tenida por cristiana y una hija de María. Cada noche pedía a la virgen, cobijara con su manto a su hijita y a ella, le diera las fuerzas y salud necesarias para sacar a su niña de la situación de pobreza vivían.

Pasaron los años y Faby, como todos la llamaban, se convirtió en una hermosa y talentosa joven. Hija única de una madre soltera entregada en cuerpo y alma a educarla, estaba a punto de terminar sus estudios preparatorios en Piano, requisito para ingresar al Conservatorio, así como contrapunto y armonía para composición de música clásica y clásica moderna, esto último porque recién había descubierto su pasión por la creación de obra clásica.

María Concepción, como se llamaba la madre de Fabiola, cada día iba deteriorándose más en su salud: artritis, osteoartritis, patología neurológica, entumecimiento de sus piernas, padecimiento de dolores en lumbar, cervicales y espaldas media, amén de pellizco del nervio ciático, y el desgaste de cartilagos y consecuentemente, dolores muy intensos en una rodilla, cadera y piernas, manos y dedos, la consumían cada día, y más en las noches.

Pero estás viva, le dijo cierta mañana una vecina, poco considerada y consciente de esos padecimientos. Sí comadrta, Gracias a Dios, mientras contenía el llanto por el dolor que no desaparecía.

Faby era su faro en la vida, que la mantenía con el ánimo elevado para seguir ayudándola en lo poco que ella aún podía.

No, madrecita, usted ya no tiene que ocuparse de mí. Al contrario, ya verá que pronto yo le retribuiré cuanto se ha esforzado.

La joven trabajaba de mesera en un elegante restaurante del sur de la ciudad, y al poco tiempo aceptó citas con hombres acaudalados, pero esto se lo ocultó siempre a su mamá, hasta que... Cierta día, la llevó a una colonia mejorcita que en la que vivían, con todos los servicios y ninguna calle sin pavimento, además de que esa colonia tenía muchas áreas verdes.

Fabiola detuvo su pequeño auto, y dijo: bájese mamacita, vamos a ver esta casa. María Concepción no entendía de qué se trataba. Ya allí, Fabiola le extiende la mano derecha y le dice: “la dorada abrirá la puerta”. Hágalo, la casa es suya.

Conchita con el rostro cubierto en llanto, abrió la puerta y apenas si pudo dar un par de pasos adentro, cuando a punto de desmayar, abrazó a su hija, sin que pudiera decir nada: enmudeció de amor, de agradecimiento, pero igual o tanto más, por la incredulidad ante lo que finalmente había entendido.

... Y, el piano, tus estudios hija, aún no los concluyes. Qué has hecho para poder comprarnos esta casa... ¿Acaso abandonaste tus metas en la música?”

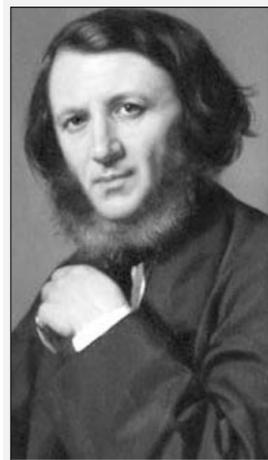
No, madrecita, solo los he llevado más lentamente, pues he estado trabajando desde hace años, hasta que tuve la suerte de entrar como mesera en un elegante restaurante, donde ahora soy su pianista... Suerte, porque allí recibo propinas muy buenas, figúrese usted que con una sola podíamos desayunar, comer, cenar y comprarnos ropa... Volvió a sonreír y, cubriéndose los labios, añadió: ese dinero... lo ahorré.

¡Hijita, qué afortunada soy, qué suerte la mía de haberte tenido hace veintisiete años!

A pesar de los padecimientos sobrellevados con algunas pastilla o paliativos para sus males sin remedio ni cura, ella seguía viva, y aunque en más de una ocasión pidió a Dios Padre que la recogiera: cuando no había analgésico ni desinflamatorio que le permitiera dormir o hacer sus cosas, entonces, rogaba al cielo por esa solución: morir.

Fabiola llegó ese día sonriente y feliz, a un año de que se cambiaron de casa: Mamá, mamita, gritaba desde la entrada, mira mi mimá, mira... Traía un documento que la acreditaba como concertista y otro como candidata que había sido aceptada en una Universidad de Francia para continuar sus estudios.

Ahora tendré que dejarla, pero nos escribiremos; y, hablaremos por teléfono... No sé qué más decir madre mía; ¡tengo mucha suerte!



Robert Browning

(Camberwell, 1812 - Venecia, 1889) Escritor británico. Es uno de los mejores poetas ingleses del siglo XIX y el forjador de la técnica del monólogo dramático. Empezó escribiendo poesía bajo la influencia de Shelley. A partir de Paracelso (1835) y de Sordello (1840), se centró en situaciones y en personajes históricos. Obtuvo la consagración con Campanas y granadas (1841-1846). En Florencia escribió La Nochebuena y la Pascua (1850) y Hombres y mujeres (1855). En 1861 regresó a Londres, donde publicó Dramatis personae (1864) y su obra maestra, El anillo y el libro (1868-1869). También merece mencionarse su obra Idilios dramáticos (1879).

Hijo único de un funcionario del Banco de Inglaterra, Robert Browning siguió estudios poco sistemáticos y sólo hasta la adolescencia. En 1833 dio a conocer de manera anónima su primer volumen de poesía, Pauline. Dos años más tarde adquirió cierto renombre con Paracelso (1835), poema dramático sobre la vida del alquimista suizo, seguido de Sordello, en 1840. Se trata del período en el que el autor se inspiró tanto en Lord Byron como en Shelley, los dos modelos reconocibles en sus versos iniciales.

En 1844 entabló amistad con la poetisa Elizabeth Barrett, enferma y sujeta a los dulces celos de su padre, y, violando por primera y única vez las normas sociales, la convenció de huir con él a Italia tras un matrimonio secreto.

Tras la muerte de su esposa en 1861, Browning regresó a Londres. Pertenecen a este fructífero período Dramatis Personae (1864) y la que se considera su obra maestra, El anillo y el libro (1868-1869), uno de las composiciones líricas más largas de la tradición británica, con sus casi veinte mil versos, en los que diez personajes vierten distintos puntos de vista acerca de un crimen ambientado en la Italia del siglo XVI. En 1878 regresó a Italia, donde publicó Idilios dramáticos (1879-1880) y Asolando (1889); se le deben también excelentes traducciones de clásicos griegos.

Figura fundamental del período victoriano, es imposible desconocer la importancia de los hallazgos formales de Browning, que perfeccionó un recurso indispensable de los grandes poetas del siglo XX, como T.S. Eliot y Ezra Pound: se trata del monólogo dramático, en el que la voz del poeta se refugia en máscaras o personificaciones extraídas de la historia o de la mera invención del artista. Consiguió así construir voces diferenciadas de extraordinaria vivacidad y delicadeza, que se presentan y se contrastan en multitud de perspectivas, lo que enriquece el poder analítico y existencial del poema.

ad pèdem literae

No hay necesidad de apresurarse. No hay necesidad de brillar. No es necesario ser nadie más que uno mismo

Virginia Woolf

Letras de
buen humor

Uno no puede pensar bien, amar bien, dormir bien, si no ha comido bien

Virginia Woolf

Elmer Mendoza

Cómo te duele Nicaragua, Sergio Ramírez

En muchas páginas de Tongolele no sabía bailar, novela publicada por Alfaguara del grupo Penguin Random House, en agosto, octubre y noviembre de 2021 en México, se percibe el profundo dolor que genera la injusticia, el abuso de poder, la crueldad policiaca y las decisiones de un presidente realmente bizarro. Es decir, la vida horrible que un líder deschavetado es capaz de generar en un país solo para conservar el poder, desde luego, respaldado por su esposa y por un grupo de militares ávidos de riqueza. “Un país sin justicia es como un árbol derribado a hachazos”, enfatiza el autor, y tiene razón, porque un país donde la voz es de un solo hombre, tiende a oscurecerse en el mapa.

Sergio Ramírez, que en este momento es un escritor que no puede vivir en su país, nos ha entregado una novela donde el inspector Dolores Morales se convierte en referente involuntario para afectar a uno de sus enemigos, el todopoderoso jefe del Servicio Secreto. Fanny, su gran amor, está postrada con cáncer, él consigue regresar desde Honduras, su destierro, ayudado por sacerdotes; sin embargo, tardará en ver a su amor porque el país es en un polvorín. Los estudiantes se han levantado contra el régimen en una completa revuelta. Los árboles de vida, que el gobierno ha instalado por

todas partes, son derribados por los manifestantes, que saben que no producen ningún efecto positivo para el pueblo de Nicaragua.

Vamos, ni siquiera ornamental porque son muy feos. Ramírez, con precisión milimétrica, describe la Nicaragua del siglo XXI, un país que está viviendo momentos aciagos donde parece que el poder reduce en vez de ampliar horizontes.

Vean lo que expresa uno de los personajes: “Vimos cómo...cambiaban la Constitución para perpetrarse en el poder... cómo se robaban las instituciones y las prostituían... cómo se apoderaban de la policía y el ejército y nos callamos. Qué cómodo es callarse.” No necesito decir que es un llamado a no permitir que los gobiernos populistas prosperen, porque seguro usted lo está pensando. Vea lo que agrega adelante: “Vemos cómo cambian los libros de historia y los llenan de mentiras, cómo pisotean la educación, cómo se apoderan de las universidades.” Es fuerte lo que expresa Sergio Ramírez, y usted lo podrá comparar con lo que está pasando en el CIDE o las declaraciones contra la UNAM. Estamos ante una novela que nadie va a callar, y es verdad que permite todas las lecturas de una obra maestra; también queda como una advertencia de



las maneras en que un gobierno afecta a gran parte de su pueblo cuando no comparten con él un modelo obsoleto de gobernar. Amar un país es registrar su respiración, y ahora Nicaragua, respira por sus heridas.

Por supuesto que el inspector Morales sufre las consecuencias de lo que ocurre a su alrededor. Asesinan a Rambo, su colaborador, hieren de un tubazo a monseñor Ortez, que lo asiló por unos días, acibillan el templo del padre Pancho donde se resguarda y donde esconden y

curan a cientos de estudiantes acosados por los paramilitares al servicio del régimen. En ese universo indeseable, Lord Dixon permanece sabiamente presente, doña Sofía continúa como una incondicional, aunque difícilmente se dan cuenta de la trama en que participan. Esto les va a agradar, y claro, querrán ver los pasos que el inspector se ve obligado a dar hacia el matrimonio con Fanny. Esta novela les gustará por su factura impecable, y por las ventanas que abre para pensar en nuestro propio país.